

Los abuelos ecológicos

Aprendieron a explotar la tierra de forma natural a comienzos del siglo pasado. Ahora transmiten a las nuevas generaciones el respeto por el entorno.

■ ELENA GARCÍA QUEVEDO

Huele a tierra mojada y el hombre avanza a través de un paisaje que sabe interpretar sin dificultad, con la sencillez de los maestros de siempre. En el lugar donde estuvo el mítico árbol de El Hierro, el *garóé*, se detiene. Los guanches, antiguos pobladores canarios, bebían de aquí, y este hombre se inspiró en su técnica para sacar agua de la niebla en tiempos de sequía. Las hojas filtran las nubes bajas y, gota a gota, se transforman en agua que uno puede beber. Frente a él hay un aljibe, pozos, árboles. Hay frescor. "Aprendimos a sobrevivir en equilibrio. La tierra nos da todos los recursos que necesitamos", dice con convicción.

Se llama Tadeo Casañas y aprendió lo que sabe a fuerza de observar y preguntarse. Hoy es voz de la última generación que aplicó el saber campesino ancestral para vivir en equilibrio con el entorno. Tadeo es consciente y enseña a interpretar el paisaje a todo el que llega a la isla. El Hierro es Reserva de la Biosfera gracias a hombres y mujeres como Casañas. Él intenta transmitir a las generaciones futuras lo que el pasado le legó.

La cultura campesina renace al amparo del cambio climático y la cultura verde

No está solo. Un puñado de hombres y mujeres de su edad se saben albacas del saber campesino más ancestral, que hoy renace a la sombra del cambio climático, y de las nuevas tendencias alimentarias y ecológicas. Destacan historias como la de la localidad palentina de Amayuelas de Abajo, donde estudian los usos campesinos de los abuelos, los ponen en práctica y los enseñan. "No se trata de un ejercicio de nostalgia. No queremos que esta cultura muera porque sabemos que ahí está el futuro", confirma Jeromo Martín, agricultor y ganadero ecológico y uno de los rostros visibles del proyecto, que ha recuperado semillas de cultivos autóctonos al borde de la extinción, razas ganaderas, formas de construir, modos de reciclar.

De escucharle, Juan y María lo celebrarían desde su casa payesa de Formentera. "Es un honor para mí conservar algo de la naturaleza", apunta Juan Torres, a quien le brillan los ojos cuando habla de lo que más sabe: la tierra y el viento. Quizá porque también es consciente de que es el único camino de perpetuar lo que llegó hasta él. "He escrito para que quede en la historia", dice de sus memorias.

Juan Torres y su mujer, María Mayans, cultivan verdura, pescan,



Esteban Martín. La alquimia del fuego. Tiene más de 80 años y, aunque a veces dice que ya no sabe nada sobre el carbón, sonríe cuando algunos le señalan como el maestro que les enseñó. Vive en Retuerta, una pequeña localidad situada en el sureste de Burgos, donde apenas unos pocos siguen con el oficio de transformar la madera en carbón vegetal. Pura alquimia de fuego. Conservar el monte de encinas y la identidad ha empujado a los más jóvenes a rescatar la memoria del viejo oficio.



Francisco Turpín. El flujo del agua. Turpín, de 78 años, creció y vivió en lo más alto del morisco valle del Ricote, en Murcia, junto a los túneles de donde mana la fuente Buena. De niño corrió por los túneles legados por los antepasados, que ahora amenazan con caerse. De mayor abrió y cerró la balsa de riego, y trabajó en el molino donde ahora tiene su huerta. Allí el agua siempre suena: "Ves cómo el chorro cae y se pierde poco a poco. Te enseña a ver las cosas de distinta forma; como la vida que se marcha", dice Turpín.



Juan y María. El poder del viento. Juan Torres y María Mayans viven como y donde han vivido siempre: Al este de Formentera, junto al molino de viento donde Juan aprendió el oficio de molinero de su abuelo. "El viento te anuncia el tiempo. Te enseña a desconfiar sobre lo que pueda ocurrir", resume Juan. Cultivan casi todo lo que comen y también pescan. "Uno debe saber lo que come", justifica María, encargada de mostrar el molino a los viajeros, aunque ya no es el viento el que mueve su piedra. En más de una ocasión se han negado a vender su tierra.

hacen su pan y su vino. Su casa es sostenible y satisface sus necesidades. María enseña a los niños y a los viajeros el viejo molino donde trabajó su marido. Ahora la sociedad urbana quiere disfrutar del paisaje y viaja en busca de lugares donde la explotación agrícola respete el equilibrio del entorno, y paga por ello. El turismo rural crece. "El paisaje es un valor que se paga", indica Germán Alonso, director de usos y proyectos de la Fundación Biodiversidad.

En la iglesia de Retuerta, al sureste de Burgos, durante las jornadas carboneras, se coloca una pantalla sobre el púlpito en la que salen viejas fotografías mientras una voz en *off* narra los usos y creencias de la profesión de carbonero, el oficio de los abuelos. Esteban Martín es uno de los mayores que en sus años mozos adoctrinó a parte de los vecinos del pueblo en



Tadeo Casañas. La sabiduría de la tierra. Tadeo Casañas tiene 88 años y fama de sabio desde que inventó un sistema para sacar agua de la niebla, la costumbre de observar ensimismado lo que le rodea y un fino humor que saca a relucir cada sábado en un programa de radio. Vive en San Andrés, en la isla de El Hierro, donde trabajó su huerta: "Como frutas y verduras de temporada. La tierra es sabia: te da lo que necesitas", dice. El grupo ecologista de las islas le ha distinguido por su labor en defensa del medio ambiente y la vida rural.

las formas de hacer carbón. Ahora narra historias sobre los meses que vivían en el monte, de cómo a base de combinar carbón y agricultura se pagaban los estudios a los hijos, sobre el gran secreto del oficio de carbonero: "Trabajábamos todos juntos. Colaborábamos", revela.

Desde lo más alto del valle de Ricote, en plena sierra murciana, Francisco Turpín ha visto desde niño cómo una mija de agua es capaz de hacer del desierto un vergel. Su casa-molino, donde el agua sale a través del túnel construido por los árabes, ahora luce la brecha de los siglos y el descuido. "Ruina entra. La galería se pierde", se lamenta Turpín. La huerta del valle del Ricote bebe de este agua. Ahora hay una cosecha de ciruelas que nadie recoge. Los jóvenes viven de espaldas a la tierra.